

TELENY

OSCAR WILDE

TRADUCCIÓN ALBERTO CARDÍN



Era éste, y no la *Afrodita* de Louys, según refieren testigos confiables, el libro de tapas amarillas que Wilde tomó consigo al ser conducido a la cárcel de Reading: posiblemente, a la vez como consuelo erótico, y como explicación simbólica de sus trágicos amores con el hijo de Lord Queensberry.

Las tempestuosas relaciones entre el rico heredero Camille des Grieux y el pianista René Teleny, podrían, en efecto, ser consideradas una suerte de transposición del «inconfesable» vínculo con Lord Alfred Douglas, que llevó a Wilde a la cárcel. Pero son, sobre todo, la plasmación típico-literaria de determinado aspecto oculto de la sociedad victoriana, que Wilde no podía ironizar en sus más celebradas obras, por su personal y flagrante inmediatez con los hechos.

Teleny, en este sentido, puede considerarse una especie de reverso o negativo de *Dorian Grey*: todo cuanto en ésta aparece nimbado de reticente y maligna perversidad, se aclara en *Teleny* en forma de equívocos sociales, fundados en simples deseos carnales. Lo que evidentemente condenaba al secreto a la novela en exceso explícita, que hasta fechas recientes circuló sólo en ediciones privadas, de las que la primera, de 1893, es precisamente el libro de amarilla cubierta antes mencionado.

En cuanto a la autoría del mismo, son varias las hipótesis barajadas por los críticos y prologuistas de las diversas ediciones, todos coinciden en que la forma final se la dio el propio Wilde, aunque no es improbable que fueran varias las manos que participaran en su confección, o al menos en su elaboración temática. Lo que, en cualquier caso, no hace sino acentuar el carácter testimonial de la obra, a

la que no pocos consideran un verdadero monumento arqueológico de la literatura «gay».

Prefacio del autor

Desde los primeros días de mi llegada a Niza, durante el pasado invierno, me había yo cruzado en varias ocasiones por el paseo con un joven moreno, delgado, un poco encorvado, de tez pálida y ojos –hermosos ojos azules– rodeados de profundas ojeras, rasgos suaves, pero prematuramente envejecidos y recorridos por una enfermedad que a la vez parecía de carácter físico y moral. Caminaba con esfuerzo y todo en su aspecto revelaba los implacables estragos causados por la tuberculosis, esa terrible afección a la que tantas gentes vienen, inútilmente, a buscar curación bajo el tibio sol de la Riviera. Se hallaba completamente solo en Niza y parecía presa de una profunda melancolía.

Me costó trabajo reconocer en este solitario paseante, en este anciano precoz, a mi joven amigo D..., a quien no había vuelto a ver desde la última fiesta dada, dos años atrás, en el Bachelor's Club de Londres; lo había encontrado entonces en compañía de un artista húngaro bastante conocido, llamado T..., con quien parecía unirle una estrecha familiaridad.

Pronto reanudamos nuestro conocimiento, y poco a poco, a pesar de la diferencia de edad que mediaba entre nosotros, y gracias sin duda a la semejanza de nuestras opiniones con respecto a gran cantidad de temas concretos, terminamos por intimar. Cuando su debilidad no era tanta como para impedirle realizar su paseo diario, salíamos juntos, quedándome, en cambio, a hacerle compa-

ña, cuando se veía obligado a guardar cama; ambos nos alojábamos en el mismo hotel, en el que nos encontrábamos prácticamente solos, estando como estaba la estación a punto de terminar.

Como casi todo el mundo, me había enterado en su momento de la trágica muerte de T..., quien se había suicidado, sin que nadie llegara a saber la razón de esto, circulando por aquel entonces al respecto los más escandalosos chismorreos. Como era natural, pronto el nombre del músico hizo su aparición en nuestras conversaciones, y poco a poco fui obteniendo de mi pobre amigo la confesión completa de sus relaciones con aquél. Fue así como pude conocer y transcribir, a medida que me iban siendo contadas y sin omitir detalle, las peripecias de sus extraños amores. Sin dejar de anotar igualmente, por su singularidad, un cierto número de reflexiones, de paradojas y aforismos filosóficos o antirreligiosos, que denotaban en el joven enfermo un desdeñoso desprecio por los principios generalmente aceptados y las convenciones sociales.

El relato que a continuación expongo no es pues una novela. Es una historia verdadera, la dramática aventura de dos seres jóvenes y bellos, cuya corta existencia tronchó la muerte, como consecuencia de unas pasiones extraviadas, que difícilmente podrán ser comprendidas del común de los mortales.

Quede bien claro que, en este relato (que en ocasiones tomará forma de diálogo) me guardaré de toda indiscreción que pueda afectar a la identidad de los personajes, por lo que pido al lector benévolo que se conforme con encontrar aquí, sin más precisiones y siempre bajo seudónimo, la historia de los amores de *Camille Des Grieux* y *René Teleny*.

Solo me resta añadir, a manera de epílogo, que el triste final del narrador ocurrió poco después de concluir el último capítulo de sus confidencias. D... se extinguió suavemente, una hermosa mañana del mes de mayo, y fui yo la

única persona que acudió a los breves y matutinos funerales que suelen celebrarse en Niza en honor de los enfermos extranjeros que allí van a morir. Siguiendo sus instrucciones, me abstuve de informar de su defunción a todo el mundo, incluida su madre; limitándome a avisar a su apoderado comercial en Londres, después de haber realizado las gestiones precisas para que su cadáver fuera transportado a esta ciudad. Su cuerpo reposa ahora en el cementerio de Brompton, bajo una lápida de mármol blanco, mandada preparar por él en vida, y donde le aguardaban ya los despojos mortales de Teleny.

Julio de 1892.

Capítulo I

–Cuénteme su historia desde el comienzo, Des Grieux, y dígame cómo llegó a conocerlo.

–Fue en Queen's Hall, durante un concierto de caridad en que él actuaba; pues, aunque considero a los artistas *amateurs* como una de las numerosas plagas de nuestra moderna civilización, siendo mi madre una de las organizadoras del acto, me creí en la obligación de asistir.

–Pero no se trataba de un simple aficionado...

–No, ciertamente; por esta época empezaba a hacerse ya un cierto nombre. Se hallaba ya sentado al piano cuando yo ocupé mi asiento en mi palco de orquesta. Tocó primeramente una de mis gavotas preferidas, una de esas ligeras y graciosas melodías que parecen impregnadas de un perfume de lavanda ambarina y que recuerdan a Lully, a Watteau y a esas bellas marquesas empolvadas, cubiertas de satén, que nerviosamente juegan con su abanico.

Al dar fin a su pieza, paseó varias veces su mirada por el lado de las damas organizadoras, y en el momento de ir a levantarse mi madre, que se hallaba sentada detrás mío, me tocó en el hombro para hacer una de esas inútiles e intempestivas observaciones con que a menudo suelen importunarnos las mujeres, de modo que cuando al fin pude volverme de nuevo para aplaudir, él había desaparecido.

–¿Y qué ocurrió?

–Déjeme recordar... Hubo luego una serie de cantos, creo.

–¿Y él ya no actuó más?

—¡Oh, sí! Volvió a mitad del concierto, y mientras saludaba antes de sentarse, sus ojos parecían buscar a alguien por entre las jardineras, fue entonces cuando nuestras miradas se encontraron por primera vez.

—¿Qué tipo de hombre era?

—Era un muchacho de veinticuatro años, de talle esbelto, cabellos cortados a lo Bressan, de un extraño color rubio-ceniza, matiz este debido, como más tarde pude saber, a una ligera capa de polvo, y que contrastaba de manera singular con el negro de sus pestañas y de su fino bigote. Su tez tenía esa blancura mate propia de los jóvenes artistas. Sus ojos, que a primera vista parecían negros, eran en realidad de un color azul sombrío y, aunque en general parecían tranquilos, cualquier profundo observador hubiera notado en ellos a veces una espantosa fijeza, como si se hallaran capturados por alguna lejana y terrible visión, para dar de inmediato lugar a una expresión de terrible hastío.

—Pero ¿por qué esa tristeza?

—Cuando yo le hice esta misma pregunta, él alzó primeramente los hombros y respondió luego riendo: «¿Nunca ha visto usted fantasmas?». Más tarde, cuando hubimos alcanzado un mayor grado de intimidad, me respondió: «¡Mi destino! ¡Qué horrible destino el mío!». Pero, reponiéndose de inmediato y frunciendo las cejas, añadió: *Non ci pensian*.

—Un carácter sombrío y reconcentrado, sin duda.

—En absoluto. Solo muy supersticioso, como lo son todos los artistas, según creo.

—¿Tenía él en su mirada algún poder magnético?

—En lo que a mí concierne, ciertamente sí. Pero sus ojos no eran lo que podría llamarse unos ojos hipnóticos: eran mucho más soñadores que penetrantes, pero con un poder de penetración tal, no obstante, que la primera vez que nuestras miradas se encontraron, los sentí hundirse hasta el fondo de mi corazón; y aunque su expresión no

era excesivamente sensual, cada vez que él fijaba sus ojos en los míos, yo sentía hervir la sangre en mis venas.

—He oído muchas veces decir que era admirablemente hermoso. ¿Es esto cierto? No habiendo podido verlo sino una vez...

—Sin ser de una belleza asombrosa, tenía un rostro muy agradable. Su manera de vestir, aunque de una corrección impecable, daba muestras de una cierta excentricidad. Aquella tarde, por ejemplo, llevaba en el ojal una ramita de heliotropo blanco, a pesar de ser la moda entonces las camelias y las gardenias. Sus maneras eran las de un perfecto *gentleman*, pero en escena, como ocurre con los extranjeros, exhibía una cierta rigidez.

—¿Y después de haberse cruzado sus miradas?

—Se sentó y comenzó a interpretar su partitura. Yo consulté el programa. Era una rapsodia húngara, obra de uno de esos compositores desconocidos, cuyo nombre puede descoyuntarle a uno la mandíbula; el efecto, sin embargo, era fascinante. En realidad, no hay música en el mundo tan excitante como la de los *tziganos*. Esta, por ejemplo, partiendo de una nota menor...

—¡Oh, por favor! Puede usted evitar los tecnicismos, sabe que no soy capaz de distinguir un mi de un sol.

—No importa, si alguna vez ha escuchado usted una *tsarda*, habrá notado sin duda alguna que la música húngara, a pesar de abundar en excelentes efectos rítmicos, se aparta de nuestras reglas armónicas y choca a nuestros oídos. Pero, estas melodías que al principio nos resultan chocantes, poco a poco van subyugándonos, hasta terminar por fascinarnos. Las magníficas florituras, por ejemplo, tan abundantes en ellas, tienen un carácter árabe tan lascivo...

—Dejémonos, por favor, de florituras y sigamos con su historia.

—Se trata precisamente de un elemento importante, ya que es imposible separar a mi personaje de la música de

su país; más aún: para comprenderlo, antes es preciso sentir el encanto que desprenden los cantos *tziganos*. Cualquier organización nerviosa que haya sido impresionada alguna vez por una *tsarda*, responderá siempre con voluptuosos respingos a estas notas mágicas.

Estas melodías empiezan generalmente con un *andante* suave y bajo, algo que recuerda al sentimiento de una esperanza perdida; luego, cambiando de ritmo, y cruzando con toda celeridad, se entrecortan con algo parecido a los sollozos de los amantes que se dicen adiós y, sin perder un átomo de dulzura, antes bien, ganando cada vez más en vigor y solemnidad, alcanzan en un *prestissimo* entrecortado de suspiros el paroxismo de una pasión misteriosa que, primeramente fenece en un canto fúnebre, para pronto estallar en una antifona ardiente y guerrera.

Él, en persona, representaba por su belleza y carácter esta música extasiante. Al escucharlo, yo me sentía hechizado; sin embargo sería incapaz de decir si mi encantamiento provenía de la composición, de la ejecución o del artista como tal. En aquel mismo momento, empezaron a surgir delante de mí los más extraños cuadros. Primeramente, la Alhambra en toda la magnificencia de su arquitectura morisca, maravillosa sinfonía de piedras y ladrillos, tan similar a los arabescos de estas extrañas melodías de Bohemia. Poco a poco, un fuego devorador fue encendiéndose en mi pecho. Una lubricidad irresistible se iba apoderando de mí, y empezaba a sentir las mordeduras de un amor indomable y criminal. Empezaba a abrasarme con la lujuria ardiente de los hombres que viven en los climas tórridos; tenía sed de voluptuosidad, y hubiera querido apurar hasta la última gota aquella copa de filtro afrodisíaco.

Pero, de pronto, la visión cambió. No era ya España, sino una tierra árida y desnuda; las arenas ardientes de Egipto, entre las cuales transcurre lentamente el agua del Nilo, allí donde el emperador Adriano, inconsolable, llora-

ba al amante tan ardientemente amado y para siempre jamás perdido. Sacudido por esta música embriagadora, comenzaba a comprender lo que hasta entonces me había parecido tan extraño: la pasión del poderoso monarca por el bello esclavo griego, por aquel Antínoo que murió por amor de su amo.

La sangre me afluía del corazón a la cabeza, y corría por mis venas como una colada de plomo fundido.

Nuevo cambio de decorado. Nos encontramos en las suntuosas mansiones de Sodoma y Gomorra, soberbias, graciosas, feéricas... mientras las notas del pianista susurraban en mis oídos, con un sofoco de ardiente concupiscencia, el atronar de una cascada de besos.

Fue en este momento de mi visión cuando el artista se volvió hacia mí y me lanzó una larga y lánguida mirada, que de nuevo se cruzó con la mía. ¿Era él mismo, Antínoo, o bien uno de los ángeles enviados a Lot por el Eterno? El encanto irresistible de su belleza era tal, que yo quedé fascinado mientras la música parecía cantar en mis oídos:

*Aspira su mirada como el vino,
Mientras que su esplendor se funde
Lánguido en medio del silencio,
Como un acorde dentro de un acorde...*

Mi deseo aumentó con esto de intensidad, y la necesidad de satisfacerlo se convirtió para mí en verdadero sufrimiento, mientras el fuego encendido en mí pasaba a ser una llama devoradora que me abrasaba; mi cuerpo entero quedó arrasado por una llamarada erótica. Sentía los labios secos, la respiración jadeante, los miembros rígidos, las venas hinchadas y sin embargo, me mantenía tan impenetrable como todos los que me rodeaban. De pronto me pareció sentir que una mano invisible se deslizaba por mis rodillas; algo en mi cuerpo fue tocado, cogido, estrecha-

do, y una voluptuosidad indescriptible embargó de pronto todo mi ser. La mano subía y bajaba, lentamente al principio, luego cada vez más deprisa siguiendo el ritmo del canto. El vértigo se apoderó de mi cerebro, una lava ardiente corrió de pronto por mis venas, y sentí saltar algunas gotas... mientras todo yo temblaba.

Con una nota sobreaguda, el artista dio fin a su actuación, en medio de los aplausos de la sala. Yo solo pude sentir como un tronido de relámpagos, al tiempo que en medio de una furiosa vorágine, una lluvia de rubíes y de esmeraldas empezaba a derramarse sobre las ciudades de la llanura: él, el pianista, se hallaba desnudo, lívido, en medio del fragor, desafiando a los rayos del cielo y las llamas del infierno. De repente, en mitad de mi visión insensata, lo vi tomar las formas de Anubis, el dios egipcio de cabeza de chacal, para poco a poco ir transformándose en un repugnante cuadrúpedo. Semejante visión me sobresaltó y me eché a temblar, presa de la náusea, mientras él, de manera igualmente brusca, volvía a recobrar su verdadera figura.

Incapacitado para aplaudir en tales condiciones, me dejé caer en mi asiento, mudo, inmóvil, tembloroso, aniquilado, con los ojos fijos en la figura del artista quien, de pie en medio del escenario, respondía a las aclamaciones del público con saludos distraídos, casi desdeñosos, pareciendo buscar de tanto en tanto, con miradas cargadas de una ardiente ternura, mis propios ojos, los míos solo. ¿Cómo podría describirle mi alegría? ¿Era posible que entre toda aquella multitud me hubiera escogido a mí solo, que me amara?

Esta alegría pronto dejó paso a la amargura de los celos. Me preguntaba si no me habría vuelto tal vez loco.

Lo miré una vez más; una profunda melancolía ensombrecía su rostro, y fue en aquel momento cuando descubrí, de manera clara y distinta, algo horrible: un pequeño puñal clavado en su pecho; de la herida veía manar la san-

gre pecho abajo, y me eché a temblar y a gritar, hasta tal punto me parecía real mi visión. La cabeza me daba vueltas, me sentía desfallecer, y tuve que apoyarme en el respaldo de mi asiento, cubriéndome los ojos con la mano.

—¡Extraña alucinación, en efecto! ¿Cuál pudo ser su causa?

—Era más que una alucinación, como a continuación podrá juzgar. Cuando volví a levantar la cabeza, ya se había ido. Giré la cabeza y me encontré con el rostro de mi madre que, al ver mi palidez, me preguntó si estaba enfermo. Yo, evadiéndome, le respondí que aquel calor me resultaba insoportable.

—Vete al vestíbulo, me dijo, y podrás tomar un vaso de agua.

—No, prefiero volverme a casa.

Después de lo ocurrido, me resultaba imposible seguir oyendo música aquella tarde. En el estado de nerviosismo en que me encontraba, cualquier sonido vulgar me hubiera llevado a la exasperación, y una melodía briosa hubiera podido producirme un síncope.

Al ir a levantarme, me noté tan débil, que me parecía caminar en sueños; sin apenas darme cuenta, me dejé llevar maquinalmente por la marcha de otras personas, que me condujeron hasta el vestíbulo.

Este se hallaba casi vacío. Al fondo un grupo de elegantes rodeaba a un joven vestido con frac, del que no pude ver más que la espalda. Entre el grupo, pude distinguir a Bryancourt.

—¿El hijo del general?

—El mismo.

—Me acuerdo de él. Pretendía siempre llamar la atención con su forma de vestir.

—Así es. Aquel día, por ejemplo, destacaba sobre los demás componentes del grupo, vestidos todos ellos de negro, luciendo un terno de franela blanca, con su habi-

tual cuello a lo Byron, muy abierto, y una corbata Lavallière roja, de enorme nudo.

–Para mostrar su hermoso cuello y su garganta.

–Sí, es un hermoso muchacho, al que siempre he intentado evitar. Tenía una peculiar manera de mirar, que acababa haciéndote sentir incómodo. Hay hombres que, al mirar a las mujeres, parecen querer desnudarlas. Bryancourt mostraba esta indecente manera de mirar con todo el mundo. De manera instintiva yo notaba como sus ojos me registraban por todas partes, aumentando aún más mi timidez.

–¿Pero no tenía usted relación ninguna con él?

–Sí, habíamos estado en el mismo colegio, pero siendo yo tres años más joven que él, acudía a una clase inferior. Para ser breves, aquella tarde, al avistarlo, iniciaba ya la maniobra para retirarme, cuando en aquel mismo momento el individuo del frac se dio la vuelta.

Era el pianista.

Una vez más, nuestras miradas volvieron a cruzarse, experimentando yo en aquel mismo momento una sensación extraña, una especie de fascinación que me dejó petrificado. Como hipnotizado, en lugar de abandonar el salón, y contra mi voluntad, empecé a acercarme al grupo.

El músico, sin mostrar en ello afectación alguna, mantuvo los ojos sin apartarlos de los míos. Yo me sentí temblar de la cabeza a los pies. Parecía querer atraerme lentamente hacia él, y la sensación, debo confesarlo, era tan agradable que me abandoné sin resistencia.

Bryancourt, que aún no me había visto, se giró, y al reconocermelo, me dirigió, como era su costumbre, un leve saludo protector. En los ojos del pianista brilló por un momento una chispa al acercarse al oído de Bryancourt y decirle algo, a continuación de lo cual el hijo del general por toda respuesta, vino hacia mí, y tomándome de la mano, dijo:

–Camille, permítame presentarle a mi amigo René: M. René Teleny, M. Camille Des Grieux.

Ruborizado, respondí al saludo. El pianista me tendió su mano sin guantes. En mi estado de nervios, yo había también retirado los míos. Puse pues mi mano desnuda en la suya... Era una mano perfecta para ser de hombre, más bien grande que pequeña, firme y suave, con unos dedos largos y afilados, que oprimía a la vez con vigor y sin choque.

¿Quién no ha experimentado las diversas sensaciones que produce el contacto con una mano? La mano es índice del temperamento. Algunas son en pleno invierno cálidas y ardientes, otras frías y hasta heladas en plena canícula. Las hay secas y apergaminadas, y otras húmedas y viscosas. Las hay carnosas, esponjosas, musculadas, delgadas, huesudas y descarnadas. La presión de unas es fuerte como un torno, la de otras, blanda como una cifra. Hay manos que son productos artificiales de nuestra civilización moderna, que presentan deformidades similares a las de los pies de las damas chinas, manos continuamente aprisionadas, por los guantes durante el día, y a menudo envueltas en cataplasmas durante la noche o al recibir los cuidados de la manicura; manos tan blancas como la nieve, cuando no castas como el mismo hielo. ¡La manecita ociosa que evita el contacto rugoso de la mano, morena y manchada del obrero, a la que el duro trabajo ha transformado en callo uniforme! Hay manos discretas, y manos que palpan con toda indecencia; manos cuyo apretón hipócrita expresa las reservas de quien la estrecha; manos aterciopeladas, untuosas, clericales y lánguidas; de un lado está la palma abierta del pródigo, de otro la garra encorvada del usurero. Hay, por fin, la mano magnética, que parece tener una secreta afinidad con la propia, y cuyo solo contacto basta para quebrantar nuestro sistema nervioso y llenarnos de goce.